



HORAS

VACIO

¿Por qué se rompió el espejo de la dicha?

Frente al lecho vacío, el amante está absorto en su pena, inmóvil, con los áridos ojos fijos en la almohada. El hueco que allí ahondó la cabeza dulce de la mujer, era un sepulcro colmado de dichosos recuerdos. Aquella depresión en la blancura de la almohada, ahora glacial, evocaba el tropel de las horas idas, con maravillosa elocuencia y exhalaba un intenso perfume de caricias, de cabellera despeinada, de besos. . . . Muerta la flor del idilio, aún vivía en la estancia su aroma ardiente, azotando el corazón afligido del hombre. El veía pasar las memorias de los días claros, el rosado cortejo de las caricias; y la amada adquiría un prestigio más noble, vista en el crepúsculo denso de la angustia, como la luna sobre lúgubres nubarrones. Y entretanto, la elegía resonaba en su alma, como un largo són de órgano funéreo.

Ella tenía los ojos puros y compasivos como una santa, y en su cuerpo ardía sin tregua el amor como llama divina. Saboreaba la dicha con una indulgente ele-

gancia de diosa. Sonreía y cantaba: era su vida cual una sonrisa y un canto nupcial. Cuando posaba la cabeza envuelta en la negra nube de sus cabellos, sobre la almohada acogedora como un regazo, sentíase en el silencio de la estancia olorosa, que la dicha estaba presente. Y hoy, aún volaba el anciano perfume por el ámbito del aposento, pero sólo como una evocación amarga del ayer feliz. . . . La oquedad fría de la almohada era un nido desierto, abandonado por pájaros veleidosos. El placer huyó, y el deseo estaba tañendo una flauta desesperada en la soledad, convocando inútilmente á los pájaros fugitivos. En el espíritu del hombre, había, como en la almohada del lecho, un sitio huérfano, un hueco triste, solitario. El amante creía hallarse, de noche, en una selva alumbrada por una luna enorme y blanca, y que ruiseñores plañideros se lamentaban entre los follajes desprovistos de flores y que á sus plantas se dilataba un camino largo, largo, blanquecino, que se hundía en el misterio del horizonte lejano, como la hoja de una espada en el cuerpo de un monstruo quimérico.

EL MAR

Á I. Pereira Álvarez.

Leo en Suetonio esta noticia acerca del velludo Cayo Calígula, César Romano: «Créese que Cesonia le dió un filtro para que la amase, que no produjo otro efecto que el de hacerle furioso. Excitábale especialmente el insomnio, porque nunca podía dormir más de tres horas, y éstas ni siquiera con tranquilidad, sino turbado con extraños ensueños, entre otros el de que le hablaba el mar.» El César era cobarde como una liebre joven: la misma coraza que hurtó en el sepulcro de Alejandro Macedonio, no pudo atenuar los ímpetus de su miedo. Esta frecuente excursión nocturna por el imperio del espanto, atenúa la maldad del emperador. El mismo ángel negro que venía á robarle de su lecho para transportarlo á regiones de horror y de angustia, debía de inspirarle protervos propósitos.

Yo me he imaginado al César durante su ensueño, errabundo por la orilla del mar, con un tridente en la mano, como si fuera el propio Poseidón. El Mediterráneo, claro bajo el plenilunio amarillento, está cantando su ronca antifona en las riberas solitarias. Las piedras muerden los pies desnudos de Cayo, el cual se siente lejos de Roma, de los pretorianos y de sus amigos, y tiembla como si anduviera por un bosque germano, ó en un buque sin timón, con viento tempestuoso. Se sienta en el suelo, temeroso y fatigado. Y es entonces cuando el piélago marino desata su coro de imprecaciones, rompe en un trueno siniestro, en que tiembla la ira. Primero es un clamor incomprensible: sopla un viento agudo, que trae consigo rumores distantes, como de naufragios horrendos ó de tragedias remotas, ocurridas más allá de los mares. El agua se encres-

pa y ruge. Las espumas, en la cresta de las olas, fingen figuras humanas; y como el mar es una vasta pradera de espumas, parece una muchedumbre de hombres congregados á los pies del César. Y los ruidos del agua azotada por el viento, son veces humanas, gritos humanos. La cólera y la venganza aullan estas voces como lobos heridos. Y el pobre Emperador comienza á reconocer las figuras que pueblan el mar, y á oír claramente las imprecaciones furibundas. Es una muchedumbre de personas, tan numerosa como sus crímenes, la que colma el vasto piélago dilatado ante sus ojos. Ve el esqueleto de Drusila contorsionado como en la hora del orgasmo incestuoso: Drusila, calva, horrible, que aún lo llama, ardiendo en fuego lúbrico, como una impura antorcha que permaneciera encendida aun entre los eternos hielos del Tártaro. Tejiendo contorsiones libidinosas, aparece como poseída de un furor infernal en la revuelta turba. El payaso Mnester, haciendo cabriolas, la mira con la cara hinchada de risa. Y la muchedumbre de gente se mueve, agitada por el viento de borrasca, mirando, increpando, llamando al César con ademanes absurdos, torvos y rígidos.

Y entretanto, el bramido del mar llegaba á él potente, augusto, imperioso. Y el pobre César se encogía en la ribera como un gusano, olvidaba su tridente de falso Neptuno y empezaba á dar diente con diente, como los siervos de Campania torturados por la calentura. Eran las voces marinas:

--Salve, Júpiter Latino, hijo de Germánico! Tienes las piernas flacas como una cortesana moribunda y el alma sin escrúpulos, como un dios. Ningún orácu-

lo te dirá tu fin y ojalá fueras inmortal y permanecieras en este sitio por los siglos de los siglos, escuchando los gritos de mi admiración. Eres más grande que Rómulo, más grande que Julio y más grande que Octavio. Baco, junto á ti se llena de pavor. Los gladiadores tiemblan á tu presencia y los demás hombres se te acercan con idolatría. Naciste protegido por Hércules y por los Dioscuros. Cuán digno de llanto es, ¡oh Cayo!, que no poseas la inmortalidad de tu cuerpo. Tu fea carne será chamuscada en día no remoto por fuego deficiente, y después irá á pudrirse bajo la tierra, hasta que manos pías desentierren la carroña inmundada y la purifiquen por la llama. Entonces no serás nada sino ceniza dispersa; pero, entretanto, triunfas y brillas en el cielo romano, como una águila roja. Casarás con una mujer que tiene amputado un muslo, para acostumbrarte á la vida que te espera en la región plutoniana. Plutón es tan envidioso como tú, tan envidioso como un dios auténtico, y no te permitirá conservar tus prerrogativas imperiales, tus atributos de Júpiter latino. A decir verdad, serás entonces como un bribón bárbaro, azotado por la plebe. Augusto te dará una paliza por estólido y tus aduladores te pela-

rán las barbas. En tu cuerpo encontrarán magníficos asideros tus enemigos, los cuales, con aullos furiosos, te soplarán en las orejas la palabra «cabrio.» Los bosques lejanos caminan á tu encuentro; un Casio está amolando su puñal con siniestro designio, y mis olas desean tragarse tu cuerpo raquítico, cual sorben los desechos de los navios náufragos. . . .

El mar se hinchaba, como un enorme pecho lleno de ira. Los rostros de las fantasmas hacían gestos de burla ó de amenaza, enderezándose hacia el cielo, como triunfadores. Caligula comprende las injurias, se siente solo y sin fuerzas y tirita de frío y de pavor. Sus vellos, erizados como espinas, le duelen en la carne. Y el mar lo escupe y vilipendia con maligna ferocidad.

Cuál no sería la alegría de Cayo Caligula, César Romano, al recordar en su lecho de oro, año del mundo y lejos del mar insolente! El espanto de la pesadilla pasada, haría más intensa la alegría del poder seguro. Y entonces, paseándose por el aposento suntuoso, meditaría con aguda fruición en hacer estrangular á uno de sus primos muy amados. . . .

JESÚS SEMPRUM.

(De «El Cojo Ilustrado,» Caracas, Venezuela).



DE "MANOJO DE RIMAS"

LXVII

Tú empiezas y yo acabo la jornada. . . .
Vespertino crepúsculo es mi vida
Y la tuya una aurora suspendida
En la cumbre magnífica y alzada.

En la existencia yo no espero nada,
Tú llegas á la fuente apetecida
Que con linfas purísimas convida
A emperlar la ilusión de la alborada.

Recuérdame en tus horas de ventura,
Y más en el dolor, torvo y sombrío;
Es una estrella la bondad muy pura.

Está la noche próxima y obscura,
La barca de Caronte surca el río. . . .
Mitiga en mi memoria la amargura.

JESÚS E. VALENZUELA.



Pedro Henríquez Ureña.—Máscara de Alberto Garduño.

UN CLÁSICO DEL SIGLO XX

CONFERENCIA DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

Voy á hablaros de un poeta castellano, típicamente castellano, que vivió, en la vida y para el arte, dentro de la castiza tradición española y la castiza sencillez de los hondos sentimientos primarios. José María Gabriel y Galán, nacido lejos de las populosas colmenas urbanas, educado en la filosofía de paz de los viejos poetas de su patria, y hecho á la sana labor de los campos, al contacto de la naturaleza, del alma de la tierra, ha dado en la poesía de nuestra época la nota clásica y la nota rústica, espontáneas ambas y genuinas.

Este retorno á lo tradicional y á lo primario, en un principio de siglo que parece acelerar febrilmente todas las evoluciones y transformaciones de la vida social, distinguió desde luego á Gabriel y Galán como una personalidad original y vigorosa, y atrajo sobre él, como la atrae todo lo que tiene visos de rareza, la curiosidad del público lector. Era en verdad raro que,

en el preciso momento en que la poesía española, más tardía que la hispano-americana, despertaba á la renovación del modernismo, surgiera un poeta radicalmente distinto de sus coetáneos y que, si á nadie pedía lecciones cuando copiaba la fábula de los campesinos castellanos ó extremeños, cuando quería cantar en forma elevada, salvando de un salto el frondoso bosque romántico y el helado y artificioso jardín pseudo-clásico del siglo XVIII, se internaba en la majestuosa selva de los siglos de oro para beber en la fontana pura que brota en el huerto de Fray Luis de León y deleitarse con la música pastoril en los prados amorosos de Garcilaso.

He querido definir á Gabriel y Galán como un clásico del siglo XX, un poeta raro y singular en nuestra época; y debo señalar limitaciones á esa afirmación. Así como él no fué tan extraño á las novedades del modernismo como fué ajeno á la

influencia de la ya extinta escuela romántica, así los más preclaros poetas modernistas han ido á buscar enseñanzas en el gran clasicismo español: tal hicieron Gutiérrez Nájera, en los tercetos de su *Epístola á Justo Sierra*; José Asunción Silva, en *Vejeces* y *Don Juan de Covadonga*; Eduardo Marquina, que resucita «el silabizar de Garcilaso» y la amorosa delectación de San Juan de la Cruz; Manuel Machado, que restaura episodios del *Poema del Cid*; Antonio de Zayas, cuando cincela en bronceos bajorrelieves las recias figuras antiguas; Leopoldo Díaz, cuando consagra palmas al fundador de nuestro idioma poético, al maestro Gonzalo de Berceo; y Rubén Darío, cuando enlaza la gloria un tiempo oscurecida de Góngora con la gloria de Velázquez y de Cervantes.

Pero estos poetas, cuyo temperamento es franca y sinceramente moderno, solamente se apropian de la vieja poesía el modo de decir y el modo de sentir ciertos conceptos; mientras tanto, siguen sintiendo, pensando, observando, imaginando, inequívocamente, á la manera moderna. Gabriel y Galán, en cambio, era clásico por temperamento y por educación; y esto lo singulariza en nuestra época y le asigna su puesto en la sucesión histórica de las tendencias literarias.

Antes de avanzar en el estudio de su personalidad, creo oportuno definir el concepto de lo clásico, que la ignorancia y el apresuramiento del vulgo semi-literato han tendido á falsear y oscurecer. Hay, el clásico que lo es porque puede servir de maestro y de modelo á todas las épocas, por ser, en una frase, un grande de las letras (y éste lo mismo se llama Sófocles ó Lucrecio que Rabelais ó Edgar Poe ó D'Annunzio), y el clásico por tempera-

mento ó por escuela, lo cual tampoco es á voluntad.

Se ha querido clasificar á todos los temperamentos artísticos en dos órdenes: clásicos y románticos; y esta división, que por lo general fracasa cuando se la quiere aplicar á espíritus excelsos, sirve para la gran mayoría de dioses menores que pueblan la historia del arte. El temperamento clásico es sereno, y el romántico es inquieto; aquél busca la armonía y éste la lucha; aquél busca el alma de la naturaleza difundiendo en ella, y éste pretende arrancarle sus secretos desgarrándole las inagotables entrañas misteriosas.

En cuanto al clásico por educación y por escuela, puede serlo, en rango modesto, como dice Menéndez Pelayo, el escritor «sensato, correcto, estudioso, que pien-

sa antes de escribir, que toma el arte como cosa grave, que medita sus planes y da justo valor á sus palabras,» ó bien, «el ingenio amamantado desde niño con la lección de los inmortales de Grecia y Roma y de sus imitadores franceses, italianos y españoles.»

En este orden, alcanzan la cúspide «una cohorte de ingenios, pocos, muy pocos, los

amados de Júpiter,» los que —continúa diciendo Menéndez Pelayo— no sólo «conocen y estudian á los antiguos y en alguna manera aspiran á imitarlos, sino que logran asimilarse su forma más íntima, sustancial y velada á ojos profanos; los que roban al mármol antiguo la fecunda, imperatoria y alta serenidad, y el plácido reposo con que reina la idea, soberana señora del mármol; los que procuran bañar su espíritu en la severa á par que armoniosa y robusta concepción de la vida que da unidad al primitivo helenismo, al de Homero, Hesiodo, Pindaro y los trágicos;



José M. Gabriel y Galán.

los que, habiendo logrado enamorar, vencer y aprisionar con abrazo viril esta forma indócil evocada del reino de las sombras, como la Helena del Fausto, hacen brotar de su seno eternamente fecundo, frutos de perfecta madurez y hermosura.»

*
* *

Gabriel y Galán fué, repito, clásico por temperamento y por escuela, aunque su escuela se limita al clasicismo español, y ni penetra en la antigüedad ni hace excursiones por Francia ó Italia. «En él —dice Emilia Pardo Bazán, al prologar magistralmente el volumen de *Nuevas Castellanas*,— hubiese sido una librea, algo positivo, cuanto no fues el sereno, resignado, vigoroso sentido clásico de la vida. Este *clasicismo orgánico* —añade,— nos muestra su poesía cortada exactamente de la misma tela que su vida.»

Vida, en verdad, digna de estudio la de Gabriel y Galán. Oigamos cómo la narra él mismo, en unas cuantas frases, poco antes de su muerte:

«Nací de padres labradores en Frades de la Sierra, pueblecillo de la provincia de Salamanca. Cursé en esta y en Madrid la carrera de maestro de primera enseñanza. A los diez y siete años de edad obtuve por oposición la escuela del Guijuelo (Salamanca), donde viví cuatro años, y después, por oposición también, la de Piedrahita (Ávila), que regenté otros cuatro años. Contraí matrimonio con una joven extremeña; dimiti el cargo que desempeñaba, porque mis aficiones todas estaban en el campo, y en él vivo consagrado al cultivo de unas tierras y al cuidado y al cariño de mi gente, de mi mujer y mis tres niños. Tengo treinta y cuatro años, y á escribir dedico el poco tiempo que puedo robar á mis tareas del campo. Comencé á escribir poe-

sías para juegos florales y me dieron la flor natural en los de Salamanca, Zaragoza y Béjar y otros premios en Zaragoza, Murcia y Lugo. Y nada más, si es que todo ello es algo. Mis paisanos, los salamanquinos, y lo mismo los extremeños, me quieren mucho, me miman. Yo también les quiero con toda mi alma, y con ella les hago coplas, que saben, mejor que yo, de memoria, porque las recitan en todas partes y hasta las oigo cantar diariamente á los gañanes en la arada.»

La Pardo Bazán, que es quien mejor ha estudiado la personalidad del poeta castellano, comenta esta autobiografía de manera harto sugestiva, recordando hasta qué punto vió conmoverse á unos labriegos de Salamanca cuando, en el histórico huerto de Fray Luis de León, oyeron á la insigne escritora, en unión de varios amigos suyos, recitar los versos de Gabriel y Galán.

«Esos gañanes —dice la noble dama,— que se aprendían de memoria y entonaban durante sus faenas los versos de un poeta sentimental, me despertaban reminiscencias de una fiestecilla semi-literaria en mi casa misma. Y creía volver á escuchar las estrofas de *El Ama*, recitadas por Alicia Longoria, con su voz vibrante, su estilo modernista, su declamación apasionada, á la francesa; y veía la esbelta figura, envuelta en telas drapeadas y rebordadas por el gran modisto, el peinado á lo arcángel de Memmling, de la gentil *diseuse*, y me veía á mi misma, tratando de obtener un poco de silencio, de romper el indiferentismo de los que, al anuncio de una lectura, habían corrido á fumar y charlar en otras habitaciones, como hacen, sin falta, gran parte de los concurrentes á saraos, si se hallan en riesgo de poesía ó de música. Y al evocar este incidente de la vida social, pensaba: A todos los poetas les deseo un auditorio de gañanes.»

Sin embargo, la fama de Gabriel y Galán no se ha limitado á las regiones españolas donde él vivió. Si no me equivoco, la España culta, el público literario, comenzó á conocerle en 1902, cuando se publicó la primera edición de *Castellanas*, patrocinada y prologada por el Obispo de Salamanca, Fray Tomás Cámara, un espíritu piadoso y sencillo que quiso ofrecer á sus hermanos y amigos y «á cuantos hablan la lengua de Castilla, las tonadas de su diocesano.»

La fama de éste creció hasta culminar en apoteosis con su prematura muerte, ocurrida dos años después, y que fué un duelo regional en Extremadura y parte de Castilla.

Varias ciudades, entre ellas Salamanca y Valladolid, le honraron en veladas solemnes. La prensa de Madrid habló y discutió sobre él durante semanas. De entonces acá, las ediciones póstumas de sus obras han recorrido triunfalmente el mundo hispano.

Y es así cómo un poeta campesino, que nunca se preocupó por la nombradía y los triunfos resonantes de las ciudades, aunque tuvo la que algunos llamarán debilidad de concurrir á certámenes, llegó á convertirse en ídolo, y su nombre y su obra fueron por un momento la moda de los cenáculos y el tópico de la prensa. La exageración en este sentido fué tal, que se pensó en erigirle una estatua junto á la de Fray Luis de León. Fortuna fué que se levantara entonces la voz del perspicaz *Azorín* para señalar el error de las consagraciones festinadas y el yerro, mayor aún, de suscitar comparaciones inútiles. Dejemos sola, dijo, la estatua del más grande de nuestros poetas.

*
* *

La típica virtud de Gabriel y Galán es

haber cantado la naturaleza y la vida rústica con un sentimiento absolutamente suyo, personal y espontáneo, y con una filosofía clásica, castizamente castellana. Porque en él la canción bucólica no guarda relación alguna de imitación, lejana siquiera, ni con Teócrito, ni con Virgilio, ni con el mismo Garcilaso. Sus gañanes y sus vaqueros, sus mozas y sus zagalas, pueden tener de común con los pastores del poeta griego lo gráfico y lo directo de la expresión; pueden asemejarse á los pastores ya más artificiosos del cisne mantuaniano, por la delicadeza con que alguna vez digan su amor y su pena. En cuanto á Garcilaso, Gabriel y Galán le iguala en la sinceridad y la frescura de sentimiento con que se expresan sus personajes; pero difiere radicalmente de él. El poeta de las dulzuras elegíacas, el que hizo cantar á Tirreno y á Salicio, era sincero y fresco, pero dentro de la ficción de sus imitaciones virgilianas. De los campesinos de Gabriel y Galán, sabemos que existen, que no moran en Arcadias artificiales, sino en las «castas soledades hondas» y las «grises lontananzas muertas» de Castilla y en los polvosos llanos de la ardiente Extremadura.

Nada debe él á la poesía bucólica estilizada, que en el siglo XVIII degeneró en un farrago de idilios, anacreónticas y villanescas. Sus antecesores, sus semejantes, son los autores cómicos, desde los regocijados orígenes del teatro español hasta Tirso con sus villanas y su *Don Gil de las Calzas Verdes*; son los autores de romances y letrillas pastoriles no viciados de latinismo ó italianismo. ¿Quién no recuerda como algo deliciosamente espontáneo la *serranilla* en que el Marqués de Santillana pondera la fermosura de la vaquera de la Finojosa?

Pero hay algo más en los cantares rústicos de Gabriel y Galán. Los bucólicos

antiguos rara vez cantaron otra cosa que alegrías y duelos de amor; el poeta charro nos describe toda la vida campestre en su rudeza y en su magnificencia: la majestad de los paisajes, la pureza de los cielos, el esplendor de la fecundidad en los campos y en la especie humana, la gloria y la dicha del trabajo, los amores de mozas y vaqueros y los de las aves, los consejos del anciano prudente, los celos de la ciega y los sortilegios de la despechada, la muerte de una madre y la de una esposa, el nacimiento de dos gemelos, la resignación del fatigado vaquerillo, las cuentas y preocupaciones de la cosecha, la desolación que siembra una nube de granizo, la desgracia que inflige un patrón cruel, el culto del Cristo de la ermita y de la Virgen de la montaña.

Gabriel y Galán fué la voz de los campesinos de Salamanca y Extremadura; sintió con ellos, cantó en su propia fabla y sorprendió los grandes momentos poéticos, dulces ó dolorosos de su vida. Ved cómo como describe el horror con que la juventud de una aldea huye de la hija del sepulturero, porque ésta se adorna con las galas que roba á las tumbas recientes. Oíd como hace hablar al pobre hombre agobiado por la miseria y el duelo, pero con fuerzas aún para erguirse y prohibir que le embarguen el lecho donde murió la esposa eternamente llorada.

Él interpretó los anhelos y las esperanzas de los provincianos, cuando el joven monarca español visitó la provincia salmantina. Escuchad: es una plática del tío Roque «con su yunta de dóciles vacas:

con la Triguera,
con la Temeraria.»

El labrador recorre todo el rosario de calamidades que le amenazan: la dureza de la tierra, la pérdida de las simientes, el cansancio, las deudas, los cobros. Y el tío

Roque vislumbra una esperanza en la real visita:

Yo no sé, pero yo me magino
de que el Rey no vendrá á ver la plaza,
que en el mismo Madrid habrá muchas,
no agraviando á la nuestra, tan guapas....

.....
Y si solo la plaza le enseñan
los de Salamanca,
¡para, Triguera!
¡tente, Temeraria!

Viviendo entre campesinos, Gabriel y Galán se considera uno de ellos; él también circunscribe al campo y al hogar sus anhelos y sus esperanzas. Su espíritu se derrama por entero en sus poesías, con la sinceridad y la cordialidad de quien ha aprendido á sentir junto á la naturaleza, madre para él severa, implacable á veces, pero cálida siempre é inagotable. Su autobiografía moral puede encontrarse condensada en cinco composiciones: *Amor*, *Las sementeras*, *El regreso*, *El ama*, y la *Canción* escrita días antes de su muerte.

Apoteosis del hondo sentimiento cordial, la primera narra cómo el poeta, adolorido por la muerte de la amada, llegó á pensar que el insensible poseería la felicidad y buscó un rincón «donde no hubiera amor y hubiera vida.» Y entonces fué descubriendo amor en todas partes: en la choza del pastor, en el convento de las castas esposas de Jesús, en la canción del labriego solitario, en las inscripciones del cementerio, en los retozos del ganado, en los nidos de los pájaros. Y la sombra de la amada, le dice:

La vida es bella;
si en ella descubrieses, tras mi huella,
la honda belleza de que está nutrida,
y me quieres amar... ama la vida,
que á Dios y á mí nos amarás en ella.

En la canción de *Las Sementeras*, canta la fecundidad de sus tierras y la bell

za de la agricultura, junto con la dicha de su hogar, y termina invocando:

¡Señor! que das la vida!
dame salud y amor, y sol y tierra,
y yo te pagaré con campos ricos
en ambas sementeras.

Como un incidente, *El Regreso* cuenta una visita á la ciudad y compara, á la manera de las epístolas de los viejos poetas, los engaños de la vida ciudadana con la simplicidad de la campestre. Esta clásica silva forma, con la no menos clásica de *El Ama* y las liras del *Canto al Trabajo*, el resumen de las ideas de Gabriel y Galán sobre la vida del individuo en la familia y en la sociedad. Para él, la existencia del hombre sano y normal huye de toda falsa pompa y de todo artificio ruidoso, se fortifica en su propia sencillez y honestidad y se plenifica en el trabajo y en el amor. Amor, trabajo, fe; he ahí la triple base de su filosofía; filosofía humilde en apariencia, pero llena de dignidad, humana y armoniosa, severa y serena, que tiene sus raíces en Grecia y en Judea y llega hasta él á través de los poetas castellanos, haciéndose parte y espíritu de su mundo físico y moral.

El paisaje de Castilla, «recortado, perfilado, sin ambiente casi, en un aire transparente y sutil,» ha dicho Unamuno, «nos desase más bien del pobre suelo, envolviéndonos en el cielo puro, desnudo y uniforme. No hay aquí comunión con la naturaleza, ni nos absorbe ésta con sus espléndidas exuberancias. Es más que panteístico, monoteístico este campo infinito en que, sin perderse, se achica el hombre.»

Gabriel y Galán lo ha dicho también:

El campo que está á tus pies
siempre es tan mudo, tan serio,
tan grave como hoy lo ves.
No es mi patria un cementerio,
pero un templo sí lo es.

El espíritu de la poesía clásica española adquiere unidad y augusta armonía, gracias al sello nacional que la austera Castilla logró imprimir al resto del país. Esa filosofía profunda, sobria, humana, ¡oh, sí! y á ratos escéptica, ese *estoicismo cristiano*, lleva el sello inconfundible de Castilla. Si la España de los siglos de oro no ha dado á la historia del pensamiento un gran filósofo constructivo, si ha dado á las letras una falange de poetas pensadores.

No es necesario comentar ya nuevamente la profundidad de Cervantes y la osadía de Calderón, la sutileza de Gracián y la amplia visión humana de Lope y de Tirso. Lo que asombra es releer á los poetas líricos y encontrárselos con tal frecuencia en las encrucijadas del pensamiento contemporáneo. Las más veces se les ve girando alrededor de un elogio de la soledad y de la vida sencilla ó disertando sobre la inestabilidad de las cosas terrenas; pero, á poco avanzar, nos sorprende la valiente concepción de la justicia histórica en Herrera; la declaración de la suprema dignidad del trabajo en Quevedo; la mundana experiencia con que discurre sobre educación Bartolomé de Argensola, que se anticipa al sentido casi religioso de la pedagogía modernísima de la escandinava Ellen Key, proclamando que «gran reverencia se le debe al niño;» la persuasiva discreción, digna de Guyau, con que sienta Fernández de Andrada esta piedra fundamental de la moral moderna: «Iguala con la vida el pensamiento;» y la visión profunda y amplia de Fray Luis, que formula el concepto de la más alta realización de la vida humana: «Consiste la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto,» de la misma manera que Renán, tres siglos después, quiere que el hombre ideal sea «un cuadro abreviado de la especie.»

No llegó Gabriel y Galán á tales excel-

situdes filosóficas en su poesía; pero si cabe afirmar que observó los preceptos de sus maestros: realizó la armonía perfecta entre su vida y su ideal, realizando en sí mismo su concepción del hombre; dignificó el trabajo; reverenció al niño, adorándolo en la cuna y considerándolo parte de una inmortal renovación, y tuvo el hondo sentimiento de la justicia social.

Fué un verdadero poeta social, como admirablemente lo define la Pardo Bazán: fué la voz *intima y épica* de su tierra y de su pueblo; no se manifestó anti-social clamando por revoluciones y desquiciamientos del orden establecido; sino que abogó por la conservación de la familia, del gobierno, de la religión; y, como espíritu generoso, tuvo notas de simpatía para los anhelos socialistas, en los cuales no descubre amenazas para las instituciones que él juzga sagradas, sino para la riqueza inútil, ociosa, parasitaria.

«Rama seca ó podrida,
perezca por el hacha y por el fuego!»

Y además de poeta social, fué poeta religioso. Con los mismos rasgos característicos que sus concepciones filosóficas y sociales, sus ideas religiosas son sencillas, llenas de reverencia y caridad, sin lucubraciones cosmogónicas ni delirios místicos.

*
* *

El poeta que tan honda y sinceramente sintió, hubo de expresarse en forma original y vigorosa. Cuando reproduce las fables populares y campesinas, su instinto infalible de poeta le hace encontrar las expresiones más verídicas y sintéticas.

En las composiciones de elevado estilo, adopta casi siempre las formas clásicas, pero casi nunca se ciñe á una imitación vi-

sible de autor determinado. Y estas formas, aparte algunos momentáneos flaqueos, adquieren en él maravilloso encanto de frescura y originalidad. Las posee, ciertamente, en su atrevida adjetivación, en la fuerza de sus repeticiones y en su apego casi infantil á la trasposición, que le hace decir del labrador,

«que el pan que come con la misma toma
con que lo gana diligente mano.»

Afirmé al principio que este poeta, esencialmente clásico, no había sido del todo ajeno á las novedades modernistas, y en verdad no lo fué á las del modernismo americano que le precedieron. Más de un detalle se encuentra en él reminisciente del poeta argentino *Almafuerte*; y más inequívocos aún son los que recuerdan al colombiano José Asunción Silva. Todos conocen el *Nocturno* de Silva:

Una noche,
una noche toda llena de perfumes, de murmullos
(y de músicas de alas,
una noche
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda
(las luciérnagas fantásticas....

Pues este famoso *Nocturno* parece haber perseguido como una obsesión al poeta castellano durante tres noches. Oid dos fragmentos del *Nocturno montañés*:

Una noche de opulencias enervantes
y de místicas ternuras abismáticas,
una noche de lujurias en la tierra
por alientos de los cielos depurados,
una noche de deleites del sentido,
depurados por los ósculos del alma ...

Y en el lienzo de los cielos infinitos,
y en las selvas de la tierra perfumadas,
van surgiendo las estrellas titilantes,
van surgiendo las luciérnagas fantásticas.

Oid ahora el principio del *Sortilegio*:

Una noche de sibilas y de brujas
y de gnomos y de trasgos y de magas,
una noche de sortilegas diabólicas,
una noche de perversas quirománticas,
y de todos los espasmas
y de todas las eclampsias....

Oid, por último, el primer pasaje de *Las Canciones de la Noche*:

Una noche rumorosa y palpitante,
de humidades aromáticas cargada,
una noche más hermosa que aquel día
que nació con un crepúsculo de nácar,
y medió con un incendio del espacio
y espiró con un ocaso de oro y grana....

Estos tres *Nocturnos* modernistas, indican que el poeta salmantino era capaz de apreciar la belleza de todos los estilos; pero demuestran, por contraste, cuán genuinamente clásico era su temperamento y cómo, al apartarse de las formas tradicionales, su elegancia descriptiva nos parece forzada y sus sentimientos resultan poco sinceros.

Adrede he dejado para el final el comparar á Gabriel y Galán con un poeta de América que fué, como él, bucólico y clásico: hablo de Manuel José Othón. El poeta mexicano fué, como el castellano, adorador de la naturaleza y clásico en su filosofía y en su estilo. Poseía imaginación más rica y variada y mayor dominio del

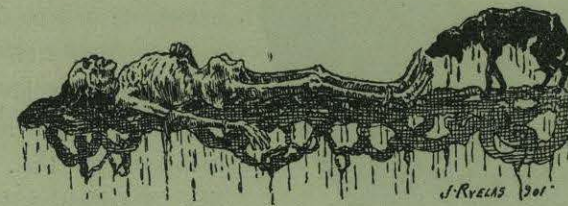
verso; pero en su temperamento había mucho del hombre de ciudad: su amargura y su escepticismo lo denunciaban. Su último grito desolado, *En el desierto*, resonará eternamente en la lira de América con la misma fuerza con que en la lira de Francia repercute el eco de la formidable invocación de Baudelaire á la muerte.

Por el contrario, el espíritu de Gabriel y Galán fué mansión de paz. Contempladlo en la grandeza de su muerte, grandeza de serenidad trágica, de final de tragedia en Sófocles ó en Ibsen. Su padre ha muerto y él se siente morir: como el viajero que, entre dos negruras de una noche profunda, alza los ojos al cielo iluminado súbitamente por argentina aurora boreal, su espíritu, antes ajeno al misticismo, adquiere alas místicas, cierra las puertas del hogar paterno, el hogar de sus patriarcas, á quienes

«se los vino á buscar Cristo amoroso
con los brazos abiertos,»

clama por su propia vida para que viva la memoria de sus muertos y se sienta él mismo perpetuarse en sus hijos pequeños, pero se inclina y dice:

«Señor! La frente del hijo
tienes rendida ante ti!»



TITO V. LISONI

Publicamos el retrato de este joven y distinguido escritor chileno, cuyo nombre principia á sonar con frecuencia en la prensa hispano-americana.

El Sr. Lisoni, que aún no ha cumplido los treinta años, ha publicado los poemas *Angel Caído*, *Italia* y *El Cristo*, y obtenido lauros en concursos importantes; ha publicado también algunos folletos sobre temas políticos y jurídicos, y dado algunas conferencias, entre las cuales se cita con elogio la consagrada al



Ariel, del pensador uruguayo José Enrique Rodó.

Abogado distinguido, es consultor de las Legaciones de Italia y de Guatemala en Santiago de Chile, habiéndosele nombrado más tarde Cónsul del segundo de dichos países.

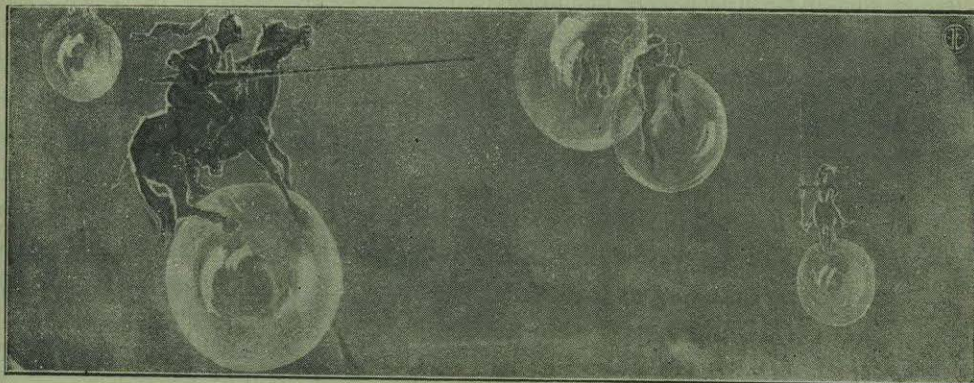
Es miembro de varias sociedades, tales como el Ateneo y la Sociedad Positiva Penal de Chile y correspondiente de la Academia Colombiana de Jurisprudencia y de la Escuela Positiva Penal de Roma.



JULIO FLOREZ

Procedente de la vecina República de Cuba, arribó á esta ciudad, á fines del pasado, el distinguido poeta Julio Florez. Popularísimo en México desde hace varios años, por sus hermosas composiciones románticas, diversos centros literarios le han agasajado á porfía, merecidamente. Viene Julio Florez en la madurez de su talento. Hemos tenido el gusto de escucharle varias poesías inéditas del rico bagaje literario que trae.

Sea, pues, bienvenido el admirado poeta colombiano.



LA ESPAÑA QUE NACE

LA JUVENTUD QUE ESCRIBE

De Barbadillo y de su amor.

De aquellos campos de Sanlúcar, donde una sanluqueña amazona cruzó con las altanerías de su látigo la cara sensual de un Emperador; de aquella misma casa con escudos donde moría, sable en mano y combatiendo al Papa, un prócer mujeriego y anticlerical, rebelde y epicúreo, vino á Madrid, años atrás y con dineros, un señorito ceceador y pródigo, que traía caballos de carreras, pinturerías y sombrero cordobés.

Barbadillo, genialmente rumboso, gastó miles de duros en manzanilla y en mujeres; vino con «madre» de Eritaña, se derramó por el Madrid juerguista, y, en los altos de Fornos, entre sus guitarristas y sus hembras, Barbadillo durmió sus borracheras locas. ¿Qué lecturas, qué planes literarios? Ni en soñación los tuvo entonces. Oidle cómo cuenta su iniciación. Fué, como tantos escritores, héroe por fuerza,

escritor, porque, señorito inútil, no sabía ni hacer zapatos. Se agarró á las cuartillas, naufragó del oficio y del beneficio.

Y así empezó, ganando diez reales, forzado en la galera de las traducciones, con un cómitre avaro y cruel que, á lo mejor, lo dejó en cuadro. Y así prosiguió, errante y pobre, de buscavidas literario, sostenido arrogantemente, heroicamente, por un amor, por ese amor que hoy llora.

Y así, entre raso y entre lluvias, el cielo periodístico le fué huracán, y el cielo del querer se le cerraba. Un día, siendo yo director literario de *España Nueva*, Barbadillo me dió una crónica, *Mi Tío*; al siguiente se le pagaba y se le publicaba, y al otro ya la gente hablaba de él. Fué una detonación, algo explosivo; era una prosa juvenil y fuerte, ataviando á un humorismo audaz. Era un decir galano, hasta exquisito, de cosas arrogantemente juveniles;